

dígase lo que se quiera, sino casas de tormento. Porque no hay para un ser racional tormento parecido al de hacer rodar una muela sin grano ni harina con el solo objeto de evitar el descanso, y sin por esto escapar al ocio.

«Esta organizacion (la de la concurrencia), continúa el Sr. Blanqui, tiende á hacer pasar á los capitales todos los beneficios del trabajo. En Reims, en Mulhouse, en San Quintin, como en Manchester, en Leeds, Spitafield, la existencia de los obreros es lo más precaria posible...» Sigue un espantoso cuadro de la miseria de los obreros. Pasan ante uno hombres, mujeres, niños, niñas, hambrientos, esmirriados, cubiertos de harapos, pálidos, el semblante torvo. Termina la descripción por este rasgo: «Los obreros de la industria mecánica no dan ya soldados para las quintas.» A estos, por lo visto, no les aprovecha el pan blanco ni la sopa del señor Dunoyer.

El Sr. Villermé considera *inevitable* el libertinaje de las obreras jóvenes. Su estado habitual es el concubinato: están enteramente subvencionadas por los maestros, los horteras y los estudiantes. Por más que, generalmente hablando, tiene el matrimonio para el pueblo más atractivo que para la clase media, gran número de proletarios, malthusianos sin saberlo, temen la familia, y siguen el torrente de la costumbre. Así como los obreros son carne de cañon, las obreras son carne para la prostitucion: esto explica su elegancia dominguera. Despues de esto, ¿por qué habian de estar obligadas estas jóvenes á ser más virtuosas que las de la clase media?

El Sr. Buret, premiado por la Academia, decia: «Sostengo que la clase jornalera está abandonada en cuerpo y alma á los antojos de la industria.» Y en otra parte: «Los más débiles esfuerzos de la especu-

lacion, pueden hacer variar el precio del pan de cinco céntimos y más por libra; lo cual representa 620.500.000 francos para 34 millones de hombres.» Obsérvese de paso que el Sr. Buret, cuya pérdida es muy sensible, consideraba como una preocupacion popular la existencia de los acaparadores. Ea, sofista: acaparador ó especulador, ¿qué importa el nombre, si reconoce V. la cosa?

Con citas de este género se podrian llenar volúmenes. Pero el objeto de este libro no es, ni contar las contradicciones de los economistas, ni hacer una guerra personal sin resultados. Nuestro objeto es más levantado y digno; es desarrollar el *sistema de las contradicciones económicas*, lo cual es muy distinto. Pondremos aquí fin á tan triste revista, y echaremos ántes de concluir una ojeada sobre los diversos medios propuestos para obviar los inconvenientes de la concurrencia.

### § III. Remedios contra la concurrencia.

¿Cabe abolir la concurrencia en el trabajo?

Tanto valdria preguntar si cabe suprimir la personalidad, la libertad, la responsabilidad individual.

La concurrencia es en efecto la expresion de la actividad colectiva, del mismo modo que el salario, considerado en su más elevada acepcion, es la expresion del mérito y del demérito; en una palabra, de la responsabilidad del trabajo. En vano declaman y se sublevan contra esas dos formas esenciales de la libertad y de la disciplina en el trabajo. Sin una teoría del salario, no hay distribucion, no hay justicia; sin una organizacion de la concurrencia, no hay garantía social, ni por lo tanto solidaridad.

Los socialistas han confundido estas dos cosas esencialmente distintas, cuando contraponiendo la

union del hogar doméstico á la concurrencia industrial, se han preguntado si la sociedad no podría ser constituida como una gran familia, cuyos individuos todos estuviesen ligados por los vínculos de la sangre, en vez de formar una especie de coalicion, donde están todos retenidos por la ley de sus intereses.

La familia no es, si puedo decirlo así, el tipo, la molécula orgánica de la sociedad. En la familia, como el Sr. de Bonald habia observado muy bien, no existe más que un sér moral, un solo espíritu, una sola alma, y casi diria con la Biblia, una sola carne. La familia es el tipo y la cuna de la monarquía y del patriciado: en ella reside y se conserva la idea de autoridad y de soberanía, que va desapareciendo cada vez más en el Estado. Por el modelo de la familia se habian organizado todas las sociedades antiguas y feudales; y precisamente contra esa antigua constitucion patriarcal protesta y se subleva la democracia moderna.

La unidad constitutiva de la sociedad es el taller.

Ahora bien, el taller implica necesariamente interés de cuerpo é intereses privados; una persona colectiva é individuos. De aquí, todo un sistema de relaciones desconocidas en la familia, entre las cuales figura en primer lugar la oposicion entre la voluntad colectiva, representada por el *maestro*, y las voluntades individuales, representadas por sus *asalariados*. Vienen en seguida las relaciones de taller á taller, de capital á capital, en otros términos, la concurrencia y la asociacion. Porque la concurrencia y la asociacion se apoyan mutuamente, no existen la una sin la otra, y léjos de excluirse, no son siquiera divergentes. Quien dice concurrencia, supone ya un fin comun; y la concurrencia no es, por lo tanto, sinónimo de egoismo: el más deplorable error de los socialistas ha consistido en haberla

considerado como la destruccion de la sociedad.

No cabe que tratemos de destruir la concurrencia, cosa tan imposible como destruir la libertad; tratase tan sólo de encontrar su equilibrio, ó por mejor decir, su policía. Porque toda fuerza, toda espontaneidad, ya individual, ya colectiva, necesita de determinacion: acerca de esto, sucede con la concurrencia, lo que con la inteligencia y la libertad. ¿Cómo, pues, en la sociedad se podrá determinar la concurrencia de una manera armónica?

Hemos oido ya la contestacion del Sr. Dunoyer, que habla en nombre de la economía política: la concurrencia se ha de determinar por sí misma. Segun el Sr. Dunoyer y todos los demás economistas, el remedio para los inconvenientes de la concurrencia está aún en la concurrencia; y puesto que la economía política es la teoría de la propiedad, del derecho absoluto de usar y abusar, es claro que la economía política no puede contestar otra cosa. Ahora bien, es esto como si se dijera que la educacion para la libertad se hace por la libertad, el cultivo de la inteligencia por la inteligencia, y que el valor se determina por el valor; proposiciones todas evidentemente tautológicas y absurdas.

Y en efecto, encerrándonos en la materia de que tratamos, salta á los ojos que la concurrencia practicada por sí misma, y sin más objeto que conservar una independencia vaga y discorde, no puede conducir á nada, y sus oscilaciones son eternas. Luchan en la concurrencia los capitales, las máquinas, los procedimientos, el ingenio y la experiencia, es decir, más capitales aún en lucha, y los más gruesos batallones son siempre los que vencen. Si, pues, no se hace la concurrencia sino en provecho de intereses particulares, sin que sus efectos sociales hayan sido ni determinados por la cien-

cia, ni reservados por el Estado; ha de haber en la concurrencia, como en la democracia, tendencia continua de la guerra civil á la oligarquía, de la oligarquía al despotismo, y luego disolucion y nueva guerra civil sin término y sin tregua. Hé aquí por qué la concurrencia, abandonada á sí misma, no puede llegar jamás á constituirse: del mismo modo que el valor, necesita de un principio superior que la socialice y la defina. Estos hechos están ya lo suficientemente acreditados, para que podamos considerarlos como definitiva adquisicion de la crítica, y dispensarnos de volver á hablar de ellos. La economía política, en lo que á la policía de la concurrencia se refiere, está demostrado que es impotente, con saber que no tiene ni puede tener otro medio que la concurrencia misma.

Fáltanos, ahora, saber cómo resuelve el socialismo el problema. Un solo ejemplo bastará á darnos la medida de sus medios, y nos permitirá establecer, respecto de él, conclusiones generales.

Entre todos los socialistas modernos, el Sr. D. Luis Blanc es tal vez el que, por su notable talento, ha sabido mejor llamar sobre sus escritos la atencion del público. En su *Organizacion del trabajo*, despues de haber reducido el problema de la asociacion á un solo punto, la concurrencia, se decide, sin vacilar, por su abolicion. Por esto sólo cabe juzgar cuánto se ha ilusionado sobre el valor de la economía política, y el alcance del socialismo, este escritor ordinariamente tan cauto. Por una parte, el Sr. Blanc, recibiendo de no sé dónde sus ya redondeadas ideas, concediéndolo todo á su siglo y nada á la historia, rechaza absolutamente el contenido y la forma de la economía política, y se priva de los materiales mismos de la organizacion; por otra atribuye á tendencias resucitadas de todas las épocas anteriores

y que toma por nuevas, una realidad que no tienen, desconociendo así la naturaleza del socialismo, que es la de ser exclusivamente crítico. El Sr. Blanc nos ha dado, por lo tanto, el espectáculo de una imaginacion viva y pronta en lucha contra un imposible. Ha creído en el poder adivinador del genio; pero ha debido tener presente que la ciencia no se improvisa, y que trátese de un Adolfo Boyer, un Luis Blanc, ó un J. J. Rousseau, desde el instante en que no hay nada en la experiencia, no hay tampoco nada en el entendimiento.

El Sr. Blanc empieza por esta declaracion: «No acertamos á comprender á los que han imaginado no sé qué misteriosa union entre los dos principios opuestos. Ingertar la asociacion en la concurrencia, es una pobre idea: es reemplazar á los eunucos con los hermafroditas.»

El Sr. Blanc deberá sentir siempre haber escrito esas cuatro líneas. Prueban que á la fecha de la cuarta edicion de su libro, estaba tan poco adelantado en lógica como en economía política, y razonaba sobre la una y la otra, como un ciego sobre colores. El hermafroditismo en política consiste precisamente en la exclusion, porque la exclusion trae siempre bajo una ú otra forma, y en un mismo grado, la idea excluida; y el Sr. Blanc quedaria, á no dudarlo, extrañamente sorprendido, si por la perpétua mezcla que hace en su libro de los principios más contrarios, la autoridad y el derecho, la propiedad y el comunismo, la aristocracia y la igualdad, el trabajo y el capital, la recompensa y el desinterés, la libertad y la dictadura, el libre exámen y la fe religiosa, se le demostrase que él es el verdadero hermafrodita, el publicista de doble sexo. Colocado el Sr. Blanc en los confines de la democracia y del socialismo, un grado más abajo de la república,

dos grados debajo del Sr. Barrot, tres grados debajo del Sr. Thiers, es aún, dígase y hágase lo que se quiera, un descendiente en cuarto grado del señor Guizot, un doctrinario.

«Verdaderamente, dice el Sr. Blanc, no somos de los que fulminan anatemas contra el principio de autoridad. Este principio, hemos tenido mil veces ocasion de defenderle contra ataques tan peligrosos como ineptos. Sabido es, que cuando en una sociedad no está en ninguna parte la fuerza organizada, está en todas el despotismo.»

Así, segun el Sr. Blanc, el remedio contra la concurrencia, ó por mejor decir, el medio de abolirla, consistió en la intervencion de la autoridad, en la sustitucion del Estado á la libertad del individuo; es el sistema inverso del de los economistas.

Sentiria que el Sr. Blanc, cuyas tendencias sociales son conocidas, me acusase de hacerle una guerra impolítica con refutarle. Hago justicia á las generosas intenciones del Sr. Blanc; leo sus obras con agrado, y le doy sobre todo gracias por el servicio que ha prestado, poniendo al descubierto en su *Historia de los diez años* la incurable indigencia de su partido. Pero nadie puede consentir en hacer el papel de engañado ó de imbécil; y, aparte toda cuestion personal, ¿hay verdaderamente algo de comun entre el socialismo, que es una universal protesta, y la mescolanza de añejas preocupaciones que constituyen la república del Sr. Blanc? El Sr. Blanc no cesa de apelar á la autoridad, y el socialismo se declara altamente anárquico; el Sr. Blanc pone el poder sobre la sociedad, y el socialismo tiende á hacerlo pasar debajo; el Sr. Blanc hace descender la vida social de arriba, y el socialismo pretende hacerla brotar y crecer de las clases inferiores; el Sr. Blanc corre tras la política, y el socialismo va en busca de

la ciencia. No más hipocresía, diré al Sr. Blanc: usted no quiere ni catolicismo, ni monarquía, ni nobleza; pero cree indispensable un Dios, una religion, una dictadura, una censura, una jerarquía, distinciones, rangos. Y yo niego la divinidad, la autoridad, la soberanía, el Estado jurídico, y todas las demás mistificaciones representativas de V.: no quiero ni el incensario de Robespierre ni la varilla de Marat, y ántes que sufrir la democracia andrógina de usted, apoyo el *statu quo*. Hace diez y seis años que su partido de V. es un obstáculo al progreso, y detiene la marcha de la opinion pública; hace diez y seis años que manifiesta su origen despótico, haciendo cola al poder en la extremidad del centro izquierdo: es hora ya de que abdique ó haga su metamorfosis. Implacables teóricos de la autoridad, ¿qué proponéis que no pueda realizar de un modo más llevadero que vosotros el gobierno á que haceis la guerra?

El sistema del Sr. Blanc está reducido á tres puntos:

1.º *Dar al poder una gran fuerza de iniciativa, ó lo que es lo mismo, hacer omnipotente la arbitrariedad para realizar una utopia.*

2.º *Crear talleres públicos de que sea socio comantario el Estado.*

3.º *Matar la industria privada con la concurrencia de la industria nacional.*

Ni más ni menos.

¿Ha abordado el Sr. Blanc el problema del valor, que por sí sólo entraña todos los demás problemas? No sabe siquiera que tal problema exista. — ¿Nos ha dado una teoría de la distribucion de la riqueza? No. — ¿Ha resuelto la antinomia de la division del trabajo, causa eterna de ignorancia, inmoralidad y miseria para el jornalero? Tampoco. — ¿Ha hecho desaparecer la contradiccion de las máquinas y del salariado,

ni conciliado los derechos de la asociacion con los de la libertad? El Sr. Blanc consagra, por lo contrario, esta contradiccion. Bajo la despótica proteccion del Estado admite en principio la desigualdad de categorías y de salarios, añadiéndole por via de compensacion el derecho electoral. Obreros que votan sus reglamentos y nombran á sus jefes, ¿no son acaso libres? Podrá suceder muy bien que esos obreros votantes no admitan ni que se les mande ni diferencia de sueldo; y entónces, como nada se habrá previsto para satisfacer á las capacidades industriales, sin dejar de conservar la igualdad política, penetrará la disolucion en el taller, y á ménos que intervenga la policia, volverá cada cual á sus negocios, ó como vulgarmente se dice, cada mochuelo á su olivo. El señor Blanc, empero, no encuentra ni serios ni fundados estos temores: espera la prueba con calma, seguro de que la sociedad no se ha de tomar el trabajo de desmentirle.

¿Ha profundizado tampoco el Sr. Blanc las tan complejas y embrolladas cuestiones del impuesto, del crédito, del comercio internacional, de la propiedad, de la herencia? Y el problema de la poblacion, ¿le ha resuelto? No, no, y mil veces no. El Sr. Blanc elimina las dificultades cuando no puede vencerlas. A propósito de la poblacion, por ejemplo, dice: «Como no hay más que la miseria que sea prolífica, y como el taller social ha de hacer desaparecer la miseria, no hay para qué nos ocupemos en tal problema.»

En vano el Sr. Sismondi, apoyado en la experiencia universal, le dice: «No tenemos confianza alguna en los que ejercen poderes delegados. Creemos que toda corporacion ha de llevar peor sus negocios que los que están movidos por sus intereses individuales; que habrá siempre en los directores negligencia, fausto, dilapidacion, favoritismo, temor de

comprometerse, todas las faltas, por fin, que se notan en la administracion de la fortuna pública cuando se la coteja con la de la privada. Creemos, además, que en una junta de accionistas no habrá nunca más que falta de atencion, capricho, negligencia, y que una empresa mercantil estaria constantemente comprometida y pronto arruinada si hubiese de depender de una asamblea deliberativa y de un comerciante. El Sr. Blanc, aturdido con la sonoridad de sus frases, no oye nada: reemplaza el interés privado con el sacrificio de cada cual á la cosa pública; sustituye á la concurrencia la emulacion y las recompensas. Despues de haber erigido en principio la jerarquia industrial, consecuencia necesaria de su fe en Dios, en la autoridad y en el genio, se entrega á ciertos poderes místicos, ídolos de su corazon y de su fantasía.

Así el Sr. Blanc empieza por un golpe de Estado, ó por mejor decir, valiéndonos de sus mismas frases, por una aplicacion de la *fuerza de iniciativa* que crea para el poder; é impone luego una contribucion extraordinaria á los ricos para la comandita del proletario. La lógica del Sr. Blanc es sencillísima, es la de la República: el poder puede lo que el pueblo quiere, y lo que el pueblo quiere es verdadero. ¡Singular manera de reformar la sociedad, la de comprimir sus más espontáneas tendencias, negar sus más auténticas manifestaciones, y en vez de generalizar el bienestar por medio del desarrollo normal de las tradiciones, hacer cambiar de manos el trabajo y la renta! Mas ¿á qué, en verdad, esos disfraces? ¿Para qué tantos rodeos? ¿No era más sencillo adoptar desde luego la ley agraria? ¿No podia el poder, en virtud de su fuerza de iniciativa, declarar de un golpe que todos los capitales é instrumentos de trabajo son propiedad del Estado, salva la indemniza-

cion que se conceda por via de transicion á los actuales poseedores? Con una medida brusca, pero leal y sincera, quedaba completamente desbrozado el campo económico. No habria debido andarse más por el camino de la utopia, y el Sr. Blanc habria podido entónces, sin obstáculo alguno, proceder á su sabor á la organizacion de la sociedad.

Pero ¿qué digo? ¿organizar! Toda la obra orgánica del Sr. Blanc consiste en ese grande acto de expropiacion ó de sustitucion, como quiera llamarsele; una vez pasada á otras manos y republicanizada la industria y constituido el gran monopolio, el señor Blanc no duda de que la produccion vaya á medida de su deseo, ni comprende siquiera que se presente una sola dificultad contra lo que él llama su *sistema*. Y á la verdad, ¿qué objeciones se han de hacer á una idea tan radicalmente nula é incomprensible como la del Sr. Blanc? La parte más curiosa de su libro está en la escogida coleccion que ha hecho de los argumentos que le han puesto algunos incrédulos, argumentos á los que, como es fácil adivinar, contesta victoriosamente. Esos críticos no habian visto que discutiendo el *sistema* del Sr. Blanc, argumentaban sobre las dimensiones, el peso y la figura de un punto matemático. Ha sucedido, empero, que la controversia por él sostenida ha enseñado más al señor Blanc de lo que habian hecho sus propias meditaciones; advirtiéndose que, si hubiesen continuado las objeciones, habria concluido por descubrir lo que creia haber inventado, la organizacion del trabajo.

Pero, ¿ha conseguido por fin el Sr. Blanc el objeto que se proponia, objeto por otra parte tan mezquino, que consiste en la abolicion de la concurrencia y la garantía del buen éxito de una empresa patrocinada y comanditada por el Estado?—Citaré á propósito de esto las reflexiones de un economista de

talento, el Sr. Garnier, á cuyas palabras me permitiré añadir algunos comentarios.

«El gobierno, segun el Sr. Blanc, escogeria obreros *de moralidad* y les daria *buenos* salarios.»—Así el Sr. Blanc necesita hombres *ad hoc*; no se lisonjea de poder aplicar su sistema á toda clase de temperamentos. En cuanto á los salarios, el Sr. Blanc los promete *buenos*: esto es siempre más cómodo que definirlos y determinarlos.

«Sienta el Sr. Blanc la hipótesis de que los talleres darian un producto neto, y harian además una concurrencia tal á la industria privada, que ésta no podria ménos de trasformarse en talleres nacionales.»

¿Cómo habia de ser esto posible, si el precio de coste de los talleres nacionales habia de ser más elevado que el de los talleres libres? He dicho en el capítulo I que los 300 obreros de una fábrica de hilados no producen entre todos para el fabricante un beneficio neto y regular de 20.000 francos; y que esos 20.000 francos, distribuidos entre los 300 trabajadores, no aumentarían su salario sino en 18 céntimos por dia. Esto es cierto tratándose de todas las industrias. ¿Cómo ha de llenar ese déficit el taller nacional, si ha de dar á *sus obreros buenos salarios*? Por la emulacion, contesta el Sr. Blanc.

El Sr. Blanc cita con extrema complacencia la casa Leclaire, sociedad de oficiales de pintor de brocha gorda que realiza pingües beneficios y que considera como una demostracion viva de su sistema. El Sr. Blanc habria podido añadir á este ejemplo una multitud de sociedades parecidas que probarian ni más ni ménos lo que la casa Leclaire. La casa Leclaire es un monopolio colectivo sostenido por la gran sociedad que la constituye. Trátase ahora de saber si la sociedad entera puede llegar á ser un monopolio en el sentido del Sr. Blanc y sobre el

modelo de la casa Leclair, cosa que niego positivamente. Pero lo que más de cerca atañe á la cuestion que nos ocupa, y no ha llamado la atencion del Sr. Blanc, es que resulta de las cuentas de reparto que la casa Leclair le ha facilitado, que siendo los salarios de esta casa superiores en mucho al término medio general de los salarios, lo primero que habria que hacer en una reorganizacion de la sociedad, seria suscitar á la casa Leclair, ya entre sus jornaleros, ya entre los de fuera, una concurrencia.

«Los salarios serian determinados por el gobierno. Los individuos del taller social dispondrian de ellos segun les conviniera, y *la incontestable excelencia de la vida en comun no tardaria en hacer surgir de la asociacion de los trabajos la voluntaria asociacion de los goces.*»

El Sr. Blanc es comunista, ¿sí ó nó? Declárese de una vez en lugar de estar, como suele decirse, al paio, y si el comunismo no le hace más inteligible, se sabrá por lo ménos lo que quiere.

«Leyendo el suplemento en que el Sr. Blanc ha creído á propósito combatir algunas objeciones que le han hecho algunos periódicos, se ve mejor lo incompleta que es su concepcion, hija por lo ménos de tres padres, el sansimonismo, el furierismo y el comunismo, con el concurso de la política y de un poco, muy poco, de economía.

»Segun sus explicaciones, el Estado no habia de ser más que regulador, legislador y protector de la industria, y en modo alguno fabricante ni productor universal. Pero como protegeria exclusivamente los talleres sociales para destruir la industria privada, llegaria forzosamente al monopolio, y caeria á pesar suyo en la teoría sansimoniana, á lo ménos en cuanto á la produccion.»

El Sr. Blanc no puede negarlo: su *sistema* va dirigido contra la industria privada; y el poder en él, por su fuerza de iniciativa, tiende á matar toda iniciativa individual y á proscribir el trabajo libre. Odia el Sr. Blanc la union de las ideas contrarias; y así vemos que despues de haber sacrificado la concurrencia á la asociacion, le sacrifica aún la libertad. Espero verle llegar á la abolicion de la familia.

«Del principio electivo saldria, sin embargo, la jerarquía, como sucede en el furierismo y la política constitucional. Esos mismos talleres sociales, reglamentados por la ley, ¿serian más que corporaciones? Y ¿cuál es el vínculo de esas corporaciones? La ley. ¿Quién hará la ley? El gobierno sin duda. ¿Supone usted que será bueno? La experiencia ha demostrado, por lo contrario, que el gobierno jamás ha acertado á reglamentar los innumerables accidentes de la industria. Nos dice V. que él fijará la tasa de los beneficios y la de los salarios, y espera V. que lo haga de manera que los trabajadores y los capitales no puedan ménos de refugiarse en el taller social. Pero usted no nos dice cómo se ha de establecer el equilibrio entre esos talleres con tendencia á la vida comun, al falansterio; V. no nos dice cómo han de evitar esos talleres la concurrencia interior y exterior, ni cómo conjuran con relacion al capital el exceso de poblacion, ni en qué se distinguirán los talleres sociales fabriles de los agrícolas, ni otras muchas cosas de no ménos importancia. Yo sé bien que usted responderá: Por la virtud específica de la ley. Pero ¿y si el gobierno y el Estado de V. no aciertan á hacerla? ¿No siente V. que se le desliza el pié por la pendiente, y tiene V. necesidad de agarrarse á algo de análogo á la ley viva? Se ve bien leyéndole á V., que lo que más le preocupa es inventar un poder susceptible de ser aplicado á su sistema;

pero declaro que despues de haberle leído atentamente, no creo que tenga V. una noción clara y precisa de lo que V. tanto busca. Lo que á V. como á todos nosotros le falta, es la verdadera noción de la libertad y de la igualdad, que V. no quisiera desconocer, y está sin embargo obligado á sacrificar, por muchas que sean las precauciones que V. tome.

»No conociendo V. la naturaleza y las funciones del poder, no se ha atrevido á detenerse una sola vez en explicaciones ni á darnos el menor ejemplo.

»Admitamos que los talleres funcionen para producir: serán talleres mercantiles que darán circulación á los productos, que harán cambios. Y ¿quién fijará el precio? ¿Tambien la ley? En verdad le digo que necesitará V. de una nueva aparición en el monte Sinaí, porque sin ella no acertarán jamás á salir del atolladero ni V., ni su Consejo de Estado, ni su Congreso de diputados, ni su areópago de senadores.»

Estas reflexiones son exactas é irrefutables. El Sr. Blanc, con su organizacion por el Estado, se ve obligado á concluir siempre por donde habria debido empezar, evitándose el trabajo de escribir su libro, por el *Estudio de la ciencia económica*. Como dice muy bien su crítico: «El Sr. Blanc ha cometido la grave falta de aplicar la estrategia política á cuestiones que no la consienten.» Ha probado poner en compromiso al gobierno, y no ha acertado sino á demostrar á más y mejor la incompatibilidad del socialismo con la democracia tribunicia y parlamentaria. Su folleto, esmaltado de páginas elocuentes, le honra como literato; en cuanto al valor filosófico del libro, hubiera tenido absolutamente el mismo si el autor se hubiera limitado á escribir en cada página con grandes caracteres: PROTESTO.

Reasumamos:

La concurrencia, como posición ó fase económica, considerada en su origen, es el resultado necesario de la intervencion de las máquinas, de la constitucion del taller y de la teoría de la reduccion de los gastos generales; considerada en su significacion propia y en su tendencia, es el modo como se manifiesta y se ejerce la actividad colectiva, es la expresion de la espontaneidad social, el emblema de la democracia y de la igualdad, el más enérgico instrumento de la constitucion del valor, el sustentáculo de la asociacion. Como arranque impulsivo de las fuerzas individuales, es la garantía de su libertad, el primer síntoma de su armonía, la forma de la responsabilidad que les une y les hace solidarios.

Pero la concurrencia abandonada á sí misma y privada de la direccion de un principio superior y eficaz, no es más que un movimiento vago, una oscilacion sin objeto de la fuerza industrial, eternamente traída y llevada entre esos dos extremos igualmente funestos: los gremios y los maestros á que hemos visto que el taller da origen, y el monopolio de que trataremos en el capítulo siguiente.

El socialismo, protestando con razon contra esa concurrencia anárquica, nada de satisfactorio ha propuesto aún para reglamentarla; y la prueba de ello es que en todas las utopias que hasta aquí han visto la luz, se ve abandonada á la arbitrariedad la determinacion ó socializacion del valor, yendo á parar todas las reformas, ya en la corporacion jerárquica, ya en el monopolio del Estado, ya en el despotismo comunista.